



PERSPECTIVA

FERNANDO
FERNÁNDEZ

TOCANDO LAS NARICES

El euro es incompatible con el nacionalismo rampante. Una España próspera y dinámica, también

ESPAÑA está en emergencia económica, el jefe de Gobierno anuncia en Turquía medidas excepcionales y todos miran a Rajoy. Es el resultado de la absoluta irresponsabilidad del presidente Zapatero al convocar elecciones a cuatro meses y dejar el país al paio. Al paio de una economía en recesión, unos mercados que han perdido la confianza en el euro, unos partidos nacionalistas que aprovechan la debilidad del Estado para incitar al desacato y unos ciudadanos que asisten insólitos ante tal cúmulo de despropósitos.

La última sandez de la semana —me temo que no será la última— ha sido la petición de Artur Mas para que el PP deje de tocar las narices a Cataluña con el español, acusando al poder judicial de agresión premeditada a la inserción lingüística. Si no le hubiéramos perdido completamente el respeto a la palabra en un país donde el ejecutivo se inspiraba intelectualmente en el Principito, tendríamos un poco más de pudor lingüístico y democrático al defender la inserción —que por su propia naturaleza implica imposición física, económica o moral— y al calificar de agresión la libertad de elegir en qué idioma escolarizar a nuestros hijos. Es como llamar inquisidores a los defensores de la libertad religiosa. Aunque no debería sorprendernos por-

que la libertad de educación se califica rutinariamente de fascismo y la izquierda sigue confundiendo el monopolio de la escuela pública con la calidad, que es como defender el monopolio de tabacos o de teléfonos en versión años sesenta.

La reacción de la llamada sociedad catalana bien pensante, esa que publica editoriales conjuntos como en las llamadas democracias reales, es muy preocupante. No solo por lo que significa políticamente respecto a la actitud de los nacionalistas con el nuevo gobierno, sino por lo que implica en términos económicos. Cataluña es a España lo que Italia a la Unión Monetaria Europea. Si en un país con quinientos años de historia, un partido nacionalista, con el seguidismo vergonzante de los socialistas del PSC, antepone su derecho a decidir a la estabilidad económica y sacrifica la política económica por la imposición lingüística, ¿cómo puede sorprendernos que los inversores internacionales hayan perdido la confianza en la voluntad de los europeos para hacer las cesiones de soberanía necesarias para que funcione este invento de la Unión Monetaria?, ¿cómo puede nadie descartar que el electorado, insisto en Cataluña o en Italia, prefiera el sacrificio ritual de la tribu antes que el salvamento colectivo renunciando al provincianismo y al caciquismo local? Muy claro lo dijo Arzalluz hace años: la independencia bien vale ser un poco más pobres. Cada día que pasa los catalanes de CiU y los italianos dan muestras de ser sus fieles seguidores. Y el proyecto español y europeo se hunde un poco más en el abismo.

La nueva realidad económica mundial es incompatible con una Europa que defiende las excepciones nacionales. El euro es incompatible con el nacionalismo rampante. Una España próspera y dinámica también. Con o sin mayoría absoluta del partido popular, los nacionalistas catalanes —de los vascos he perdido toda esperanza desde el proyecto Ibarretxe— tendrán que tomar una decisión trascendental: apoyar y colaborar críticamente con el gobierno de Rajoy para refundar el Estado de las Autonomías, aceptando que hemos ido demasiado lejos en la deconstrucción del Estado hasta hacerlo económicamente inviable, o echarse al monte del irredentismo. Insisto, con o sin mayoría absoluta, porque así como este euro no es viable sin Italia, esta España no lo es sin CiU. Pero de ambas puede haber una versión 2.0.